

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 4 DE OCTUBRE DE 1931

NUM. 40



LA NIÑA JUICIOSA

LA NIÑA JUICIOSA

Una verdadera madrecita para el chiquitín. Ella le viste, le da de comer, le pasea, le hace jugar y le hace dormir.

Si madre tiene un verdadero descanso en aquella rapazuela que al revés de sus compañeras, se hace superior a las infantiles distracciones y desempeña en la pobre morada el papel de niñera, camarera y zurcidora, sin perder por eso su aureola de la inocencia ni el encanto de la niñez.

LOS POLLITOS

Una gran gallina blanca estaba en una banasta cubriendo amorosamente diez y siete huevos.

Cierta mañana oyó un ¡toc!, ¡toc!, bajo sus plumas y no tardó en aparecer un piquito que abría la cáscara, luego otro y otro, así hasta diez y siete. Más cuidadosa que nunca, se esponjaba para no pesar demasiado hasta que salieron del cascarón todos los pollitos.

¡Qué delicia sintió al verlos! Parecían pompones de lana amarilla, con un piquito blanco y ojos negros, brillantes, como pedacitos de azabache.

¡Pío!, ¡pío!, ¡pío! Los pollitos tenían hambre y mamá gallina hubo de encaminarse a buscarles alimento.

Cuando entró en el gallinero seguida de su pollada, un murmullo de admiración se produjo entre las aves. Nunca, ninguna gallina sacó tantos pollos de una vez, ni fueron tan hermosos como esos.

Comieron los pollitos, pero desde el primer momento se manifestaron peleadores y orgullosos.

—¡Este bocado es mío!—decía uno.

—¡No, señor, mamá me lo dió a mí.

—¡Yo tengo más fuerza y te lo quitaré!

Así continuaban riñendo los hermanos, con gran tristeza de la gallina, que los quería entrañablemente a todos por igual.

Como continuaban las disputas a propósito de cualquier semillita o gusanito, la gallina perdió la paciencia y se propuso corregirlos.

—¿Qué sería de los orgullosos si ella no escarbara la tierra para buscarles sustento? ¿Acaso eran capaces de comer sin su auxilio?

Lentamente la gallina con su ¡cloc!, ¡cloc! habitual se fué alejando del gallinero, seguida por todos esos puntitos amarillos, altaneros y reñidores. En un momento dado se ocultó a su vista y esperó.

Cuando los pollitos se vieron solos temblaron de miedo. Oían los ladridos de un perro cercano. Ninguno quería confesar sus temores, pero dejaron de pelear y se agruparon juntitos. Para simular confianza arañaban el suelo como buscando gusanitos, pero sus patitas débiles no movían del suelo el menor polvo.

De pronto el perro ladró más fuerte. Los pollitos sin poderse contener, gritaron a un tiempo llamando a la madre.

Salió de su escondrijo la gallina con toda tranquilidad, y los pollitos corrieron a esconderse bajo sus alas. ¡Qué bien se estaba allí!

Desde ese día han perdido su aire altanero, pues saben que nada valen sin mamá gallina.

Tampoco se pelean ya; el recuerdo del peligro pasado los une con afecto de verdaderos hermanitos.

NO BEBO MAS

—No bebo, he dicho que no bebo.

Sí, es verdad, he bebido mucho, como el primero, me habéis visto borracho muchas veces. ¿Por qué voy a decir otra cosa? Antes de casarme y después de casado, a pesar de lo que yo quería a aquella pobre, bastante la hice padecer con esto. Por no verla llorar y desesperarse, me contenía más de cuatro veces, y por ella casi llegué a quitarme de beber mientras vivió. Pero cuando la perdí, de aquel mal en cuatro días, tan joven, tan llena de vida, cuando me ví solo con ese hijo, una criatura de cinco años. Aquella mujer tan buena, tan trabajadora, tan sufrida... ¡Como no se ha conocido otra!

Vosotros sabéis lo que era para mí. ¡Cuántas veces me lo habéis dicho! ¡Qué suerte has tenido Juan! ¡Y perderla así para siempre! Verme solo entre aquellas cuatro paredes, que se me caían encima con mi hijo, mal cuidado, mal vestido. Andaba como un loco. Y por no pensar en nada, o por pensar menos, volví a la bebida, que era mi consuelo. Bebía hasta perder la cabeza.

Y entonces me parecía verla, que estaba junto a mí, que hablaba conmigo y yo con ella.

Sí, llevaba a casa el aguardiente, y cuanto más bebía más verdad me parecía aquella ilusión, tanto que mi hijo se abrazaba a mí asustado, y me decía:

—Pero ¿dónde está mamá? ¿Dónde está? ¿Es verdad que está aquí?

—Sí, aquí está. ¿No la ves?

—No, yo no la veo—me decía muertecito de miedo.

Una tarde volvía yo del trabajo, y al abrir la puerta oigo gritar y reír a mi hijo. Entro y... ¡No podéis figuraros! Me lo veo con los ojos extraviados, la boquita torcida, con una convulsión, lloraba, cantaba, reía. Todo a un tiempo.

—¿Qué tienes?

Sobre la mesa estaba un frasco de aguardiente vacío. Lo comprendí todo, y en un arranque de furia fui a pegarle y levanté la mano.

—¿Qué has hecho, granuja? ¿Te has bebido el aguardiente? ¡Te voy a matar!

Y mi hijo entonces, con un espanto que le hizo volver a la razón, con una voz de angustia que no la olvidaré nunca, me dijo:

—¡No me pegues padre, no me pegues! ¡Fué por ver a mamá, como tú la ves otras veces!

—¿Comprendéis ahora por qué no bebo ni volveré a beber en mi vida?

Los amigos de Juan apuraron en silencio el último sorbo, algunos con amargor de lágrimas contenidas; y fueron saliendo de la taberna, callados, pensativos, sin mirarse los unos a los otros, con sorpresa de cómplices y remordimiento de criminales.



PARABOLA DE LA PEQUEÑA LOCOMOTORA

—¿Habeis hablado alguna vez con una locomotora? Yo tuve el otro día una conversación muy interesante con una de ellas. No era más que una maquinilla muy pequeña, que en cierta estación se encontraba detrás de un tren muy largo

en el que muchas personas estaban a punto de embarcar.

—¡Maquinilla!— dije —¿te dispones a llevar a su destino este tren tan largo?

—Ay, no señor—contestó—esa no es mi misión. No conduzco pasajeros.

—¿Entonces estás destinada a arrastrar mercancías?

—No señor,—replicó—tampoco hago eso.

—¿Es que me quieres decir con eso que ni conduces pasajeros ni mercancías? ¿Para qué sirves entonces? ¿En qué te ocupas todo el día? Entonces no mereces siquiera que te llame una maquinilla y menos una locomotora que desempeña un trabajo que bien vale la pena. Pero ya veo que tú solo sirves para que te enganchen en cualquier parte a este tren y por esto está perfectamente que no tengas siquiera un número. Por lo visto no mereces que nadie se ocupe de tí, y ahora veo que no estás siquiera enganchada al tren. Entonces, ¿para qué sirves?

—Por desgracia para bien poca cosa,—respondió tranquila.—Sin embargo desempeño un pequeño papel del que estoy convencida que tiene algún valor y por eso trabajo con toda mi alma y de la mejor manera que puedo.

—¿Cómo? yo no creo que sirvas para nada en el mundo,—dije con desprecio y me fui al extremo opuesto del tren, para admirar la gran locomotora que debía ponerlo en movimiento. Ahí estaba, poderosa, llena de vapor, esperando la señal de partida. En un momento desapareció.

—Qué deprisa arranea,—pensé—y con tanta carga detrás. Y eso que tiene que

correr cuesta arriba. ¡Vaya locomotora! Debe dar gran satisfacción ser tan fuerte y hacer un papel tan importante. En cambio esa maquinilla tonta y tan pequeña ahí atrás..

En ese mismo momento apareció el último coche del tren y asombrado escuché el uf uf uf de la maquinilla.

En efecto, al final del tren, y empujando con todas sus fuerzas contra los topes del último vagón, ví la despreciada maquinilla.

Al pasar el coche a mi lado, se paró y el enorme tren que ya estaba en plena marcha, desapareció jadeante en una curva para no volver a parar hasta llegar al punto de su destino dos horas después.

—¿Has admirado la gran locomotora?—preguntó la maquinilla, sin sentirse ofendida al parecer por mi anterior grosería.—Buena locomotora, ¿verdad? Y con qué velocidad arranca, a pesar del enorme peso que arrastra.

—Sí,—dije, algo confuso,—¿pero, no has empujado tú por detrás ayudándola.

—Claro, he añadido mis pocas fuerzas,—replicó.—No habrá sido mucho, pero, como ves, esa es una de las tareas para la que mi señor me ha colocado aquí. El sabía que las grandes locomotoras con sus cargas pesadas tendrían alguna dificultad en subir la cuesta y entrar en velocidad y que todo marcharía mejor si yo arrimaba mis pequeños hombros. No es que yo misma tenga ningún valor—añadió—es la fuerza que llevo dentro la que lo hace. Ya ves, a mí me mueve el vapor lo mismo que a las grandes locomotoras.

(Concluirá)